

LIBRO QUINTO

LA SOCIEDAD GALO-ROMANA

CAPITULO PRIMERO

LAS CIUDADES GALO-ROMANAS (1)

I. La Narbonense.—II. Lyon, capital de las Galias.—III. Las tres provincias. La Aquitania.—IV. La Lyonense.—V. La Bélgica y las dos Germanias.

I.—La Narbonense (2)

La transformación de la Narbonense empieza cuando la ruina de Marsella. Los masaliotas quedaron perplejos cuando estalló la guerra entre César y Pompeyo (49 antes de J. C.). Debían beneficiarse a los dos y no deseaban comprometerse. No pudiendo permanecer neutrales, se dejaron llevar de sus simpatías aristocráticas. La posesión de Marsella era harto importante para que César la abandonara a su rival. Tres legiones, manda-

(1) FUENTES.—*Corpus inscript. latin.*, XII y XIII. Estrabón, IV, 1-4. Pomponio Mela, II, 5; III, 2. Plinio, *Historia Natural*, III, 31-38, 133-139; IV, 105-110. Ptolomeo, II, 7-9. Amiano Marcelino, XV, 11. Ausonio, *Ordo nobilium urbium Mosella*. Sidonio Apolinario, *Carmina*, XX.

OBRAS DE CONSULTA.—Millin, *Voyage dans les départements du midi de la France*, 1807-1811. Mérimée, *Notes d'un voyage dans le midi de la France*, 1835. *Notes d'un voyage dans l'ouest de la France*, 1836. *Notes d'un voyage en Auvergne*, 1838. Starck, *Städteleben, Kunst und Alterthum in Frankreich*, 1855. Friedlaender, *Gallien und ihre Kultur unter die Römern*, «Deutsche Rundschau», 1837. Longnon, *Géographie de la Gaule au VI^e siècle*, 1878. Jung, *Die romanischen Landschaften des römischen Reiches*, página 190 y siguientes, 1888. Mommsen, *Histoire romaine*, V, traducida por Cagnat y Toutain, IX, 1, 1887. Jullian, *Gallia*, 1892. Flach, *L'origine de l'habitation et des lieux habités en France*, 1899. Consultense, además de los periódicos citados al principio del libro tercero, la serie del *Bulletin du Comité des travaux historiques* (desde 1843), del *Bulletin monumental* (desde 1835), y las memorias de las Academias y Sociedades de provincias. Para la museografía y las obras de arte, véase capítulo II, párrafo 3.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Vaissette y Devic, Herzog, Jullian. Obras citadas en el libro II, capítulo II, párrafo 1. Véanse también: Lenthéric, *La Grèce et l'Orient en Provence*, segunda edición, 1878. *La Provence maritime ancienne et moderne*, segunda edición, 1880. *Du Saint-Gothard à la mer. Le Rhône. Histoire d'un fleuve*, 1892. Hirschfeld, *Gallische Studien*, I, 1883. *Beiträge zur Geschichte der Narbonensischen Provinz*, «Westdeutsche Zeitschrift», 1889. Kromayer, *Die militärcolonien Octavianus und Caesars in Gallia Narbonensis*. Hermes, 1896. Principales monografías: sobre Marsella, véase el libro I, capítulo II, párrafo 2. Jullian, *Fréjus*, «Annales de la faculté des lettres de Bordeaux», 1886. Bazin, *Nîmes gallo-romain*, 1891; *Vienne et Lyon gallo-romains*, 1891; *Arles gallo-romain*, 1896. Sobre Arlés véase la XLIII.ª sesión del Congreso arqueológico de Francia. Sesiones generales celebradas en Arlés en 1876. Allmer y Terebasse, *Inscriptions de Vienne*, 1875. Morel, *Genève et la colonie de Vienne*, 1888. Sobre Orange y Saint-Rémy, véase capítulo II, párrafo 3.

das por Trebonio, acamparon a fines de abril en las alturas que se levantan a espaldas de la población. Décimo Bruto, con una escuadra construída rápidamente en Arlés, cerró el círculo delante del puerto. La ciudad focia halló en aquellos momentos de peligro sus antiguas energías. El sitio duró cuatro meses. Fué uno de los grandes hechos militares de la época. Las operaciones se proseguían por tierra y por mar. Vencidos en dos combates navales, los masaliotas resistieron en tierra firme. Trebonio mandó ejecutar trabajos gigantescos que cambiaron para siempre el aspecto de aquellos sitios. Cuando el foso que había al pie de las murallas se hubo cegado y alcanzó la altura que hoy conserva, se decidió el asalto. El hambre y la peste ahorraron a los sitiados este supremo desastre obligándoles a capitular.

César volvió de España para dictar sus condiciones. Fueron relativamente moderadas. En favor de los vencidos hablaban muchos recuerdos y servicios. Les dejó su autonomía, no suprimiendo de sus derechos soberanos sino el de acuñar moneda. Pero se hizo entregar su material, su tesoro y les despojó casi por entero de su territorio. Marsella puede aún ostentar su título de Estado libre. Puede conservar hasta el siglo II aquellas instituciones que admiró Aristóteles. Será el hogar del helenismo occidental, un centro floreciente de estudios. Débiles compensaciones eran éstas a cambio de sus arsenales vacíos, de sus murallas desmanteladas, de la confiscación de sus dominios, del empobrecimiento de sus rentas y de la pérdida inminente de su supremacía comercial en provecho de rivales más favorecidas. Desde entonces ya no será sino sombra de sí misma y serán necesarios muchos siglos, hasta las Cruzadas, para adquirir de nuevo en nuestra historia el papel que le asignaban su magnífica situación y su glorioso pasado.

Gran dolor causó a los romanos de vieja cepa la caída de aquella fiel aliada de la República, víctima de su adhesión a la causa senatorial y al partido que entonces se llamaba de «la gente honrada.» Tuvo, sin embargo, aquella catástrofe felices consecuencias para Roma y para la Galia. Marsella no había hecho casi nada en favor del progreso material y moral del país sometido a su dominación o a su influencia, y lo que no había querido o sabido hacer, impedía que otros lo hicieran. En todo el vasto territorio que se había hecho entregar, desde los Pirineos a los Alpes, no predominaba otra influencia que la suya. Los acontecimientos que redujeron su imperio a una faja de pocos kilómetros de anchura, con una estrecha tira a lo largo de la costa, resultaron afortunados para el genio de César.

Herederos de los Gracos, se apoderó de su programa para aplicarlo en la misma provincia que, setenta años

antes, había ya llamado la atención del partido reformador. En ninguna parte la semilla de la cultura latina podía caer en terreno tan apropiado y fecundo. Las inteligencias estaban acostumbradas a la obediencia, iniciadas en los elementos de la civilización y ansiosas de vivir una nueva vida. Italia estaba a un paso. La Galia del Sudeste aparecía como una prolongación de la península, no sólo por su posición geográfica, sino por las producciones del suelo, por el aspecto de sus campiñas, por la benignidad del clima y el esplendor del cielo.

Las colonias sembradas a través de la Narbonense no fueron fundadas todas por César, pero sí siguiendo sus planes. Los triunviros y Augusto, que organizaron la mayoría de ellas, se inspiraron en su pensamiento (1).

Era natural que, tratándose de reorganizar la Narbonense, se pensara ante todo en su capital. Era la única ciudad que desde el principio de la conquista se erigió en colonia, y la sola también que, por su posición en el litoral y por la importancia de su comercio, podía recoger la herencia de Marsella. En 46 antes de Jesucristo, cuando los restos del partido republicano luchaban aún en España y en Africa, recibió de Tiberio Claudio Nero, padre del futuro emperador Tiberio, gran refuerzo de nuevos colonos, sacados de los cuadros de la décima legión, una de las que por sus servicios era más cara a César. De aquí el nombre que se le dió: *Colonia Julia Paterna Narbo Martius Decumanorum*, nombres a los cuales añadió bajo Claudio el de *Claudia*.

De aquel brillante período de su historia Narbona no ha conservado más que algunos fragmentos de arquitectura y una buena colección epigráfica. Durante dos siglos pasó por la ciudad más rica y populosa de la Galia. Se comprende que no se sostuviera mucho tiempo a tal altura. Estaba demasiado alejada de la vía del Ródano para poder substituir a Marsella. Tal papel se lo arrebató Arlés, mejor situada para obtener la sucesión de los masaliotas. Otra rival la amenazaba. Era la colonia de Nîmes, patria de la familia Aurelia, de la que nació Antonino, y querida, como es natural, por este emperador. El tremendo incendio que bajo el mismo reinado devoró una parte de la ciudad, acabó de relegar a Narbona a segunda fila, por más que la munificencia imperial remedió las consecuencias del desastre. En tal época, a mediados del siglo II, es cuando perdió en favor de Nîmes el privilegio de albergar al procónsul. De todos modos, conservó gran importancia hasta fines del Imperio. Su puerto, hoy cegado, era grande. Si no era punto de partida ni para el Este ni para el Norte de la Galia, dominaba el camino del Sudoeste que por el valle del Ande y el collado de Naurouse penetra en la región del Garona y comunica el Océano y el Mediterráneo.

En el extremo opuesto de nuestro litoral se levantó la ciudad de Fréjus. Heredó el poder militar de Marsella, como otras heredaron su imperio comercial. La posición pudo parecer mala para instalar un gran fuerte militar. En aquel punto de la costa, donde no había abrigo natural alguno, todo debían hacerlo los ingenieros. Pero la posición estratégica era de primer orden. La playa que se extiende desde el Oeste al Este hasta cerca de las islas Hyères, cambia de dirección en este

punto y vuelve bruscamente al Nordeste como mirando a Italia. En el centro casi de esta línea, entre los macizos de los Maures y del Estérel, se abre el valle del Argent, la sola brecha de esta muralla abrupta que domina el mar hasta Génova. Por el valle de Nartubia alcanza la Durance y llega hasta los Alpes. Por la del Arc gana la región inferior del Ródano. Estos dos caminos tenían capital importancia. Uno, por los Alpes y las mesetas inferiores del Jura suizo, conducía a la frontera germánica; el otro llevaba a todos lados. Desde su punto de arranque podía irse al Norte, al Oeste ó al Mediodía. Claro era que un puerto situado en la intersección de esas dos vías sería un buen punto de arranque, no sólo para la navegación, sino también para la circulación interior, pues, como dice Tácito, la llave del Mediterráneo para la Galia es también la llave de la Galia para Italia.

No había en aquel lugar sino un *forum*, es decir, una aldea que no formaba municipio y servía de mercado. César dió nombre a aquella localidad (*Forum Julii*). La erigió en colonia, ó quizá sólo manifestó el deseo de hacerlo, deseo que se realizó después de su muerte. El verdadero creador de Fréjus fué Augusto. En 30 ó 29 antes de J. C., envió allí la flor de los marinos que habían combatido en Actium, con los buques capturados al enemigo. La «colonia de los veteranos de la octava legión» pudo añadir a su primer nombre estos dos: Colonia de la Flota y de la Paz, *Colonia Octavianorum Pacensis Classica Forum Julii*. Se llamó de la Paz aludiendo a la victoria que asegurara la del mundo y que al propio tiempo le trajo a ella los elementos de un nuevo porvenir.

La «antigua é ilustre colonia de Fréjus» es hoy día un simple pueblo. El camino cuya entrada guardaba ha perdido toda importancia. Pero las ruinas en que las casas modernas están construídas y su extensión grande indican el poderío del Tolón gallo-romano. Como era ciudad militar ante todo, Fréjus no ha dejado más inscripciones que los epitafios de los soldados. Los edificios mejor conservados son los que le daban carácter guerrero. Otros monumentos tenía. El teatro y anfiteatro no son inferiores, en proporciones, a los de Arlés y Nîmes. El acueducto recuerda aquellas líneas que se perfilan con tanta majestad en la campiña romana. Del pórtico que había en los muelles queda en pie una arcada que se llama, por los adornos que lo avaloraban en otro tiempo, la «puerta dorada.» Lo más notable son las murallas. Altas de nueve metros, en algunos puntos están intactas, con las dos ciudadelas que las flanqueaban al Este y al Oeste, y los almacenes de víveres, abiertos, como las casamatas, bajo el suelo. Su puerto era uno de los más espaciosos del Mediterráneo, más que el de Marsella, casi tanto como el de Ostia. Hallábase defendido por las murallas y abrigado por un alto muelle cuyos cimientos ya no bate el mar. El trabajo humano trajo las aguas a aquella dársena. La negligencia ha devuelto a la tierra firme el espacio conquistado por las olas. La invasión del limo y de las arenas debió empezar al disolverse la flota. La definitiva pacificación de la Galia explica tal medida, que debió tomarse a fines del siglo II. Trajo para Fréjus una decadencia tan rápida como el período anterior fuera brillante.

(1) Consultense libro III, capítulo II, párrafo 4.

Un tercer puerto creado, ó mejor, desarrollado por César fué Arlés. El delta del Ródano, en cuyo vértice está situada la ciudad, ha variado mucho desde los tiempos antiguos. Los diques que se pensó en construir entre los siglos XII y XIII, quizá antes, para defender la Camarga de los desbordamientos del río, han convertido en un desierto insalubre un país que fué habitado y fértil. Mario facilitó la comunicación con el mar abriendo un canal que hizo construir por sus soldados. Partía del golfo de Foz, nombre que recuerda las *Fosses Mariennes*. Esta obra, ejecutada para la guerra, á fin de



Puerta dorada de Fréjus

asegurar las vituallas al ejército que iba á combatir á los teutones, fué fecundo para la paz. Arlés era entonces una dependencia de Marsella. Los acontecimientos del 49 acabaron con tal tutela. La atención de César se fijó en Arlés. Allí hizo construir la flota cuyo mando tuvo Décimo Bruto. Tres años más tarde envió allí á los veteranos de la sexta legión. Fué, con Narbona, una colonia organizada durante su vida (*Colonia Julia Paterna Arelatensium Sextanorum*). Le concedió un vasto territorio, arrancado de las posesiones marsellesas y que se extendía desde el Durance y el Ródano hasta los confines de los dominios de Fréjus, en las montañas de los Maures.

La colonia arlesiana no cesó de aumentar hasta el siglo IV que marca su apogeo. Su supremacía prevaleció durante mucho tiempo en el mundo creado por las invasiones. La «Roma de las Galias» se convirtió en la residencia de los reyes de Arlés y fué, hasta el renacimiento de Marsella, la reina del Mediodía. Su teatro, su anfiteatro, sus *Arenas*, como dicen allí, son de la buena época de la arquitectura del siglo II ó quizá del I. Constantino la elevó á capital. Habitóla distintas veces y edificó un palacio cuyos restos han conservado el nombre bizantino de *Trullum* (la Trouille). Más tarde, cuando hubo que abandonar la línea del Rhin, el prefecto del pretorio se trasladó á Arlés y gobernó desde

allí la Galia, Bretaña y España. Valentiniano y Honorio colmaron de mercedes á la ciudad constantiniana. En 418 el hijo de Teodosio convocó dentro de sus muros á los diputados galos del Sudeste y Sudoeste. Los términos ampulosos en que da cuenta de las razones de su elección merecen ser conocidos. «Tal es, dice, la situación de esta ciudad, tal la extensión de sus relaciones, tal la muchedumbre de forasteros que á ella acude, que no hay en el mundo punto más indicado para esparcir en todos sentidos los productos de la tierra. El opulento Oriente, la Arabia perfumada, la afeminada Asiria, la fértil Africa, España la soberbia, la valiente Galia, se dan cita en estos lugares para traer lo mejor que producen. El suelo engendra cuanto el universo tiene de más magnífico. El Ródano y el mar Tirreno mezclan aquí sus aguas como para juntar y confundir las naciones cuyas comarcas riegan y cuyas costas bañan (1).»

Por el comercio prosperó Arlés. Los caminos que la cruzan, sus dos puertos abiertos á la navegación marítima y fluvial la destinaban á ser uno de los grandes emporios comerciales de Occidente. Sus armadores, sus constructores de navíos formaban poderosas corporaciones. Esta ciudad mercantil era al mismo tiempo un centro de placeres y de lujo. Todo lo bello gustaba allí. En ningún otro sitio estaba tan cumplidamente representado el arte helénico. Después lo desterró el arte cristiano, cuyo cementerio de Alysamps (*Elysii Campi*) fué el santuario venerado.

A las tres colonias marítimas de Narbona, Fréjus y Arlés se añadieron, en el interior, las de Béziers, Orange y Vienne.

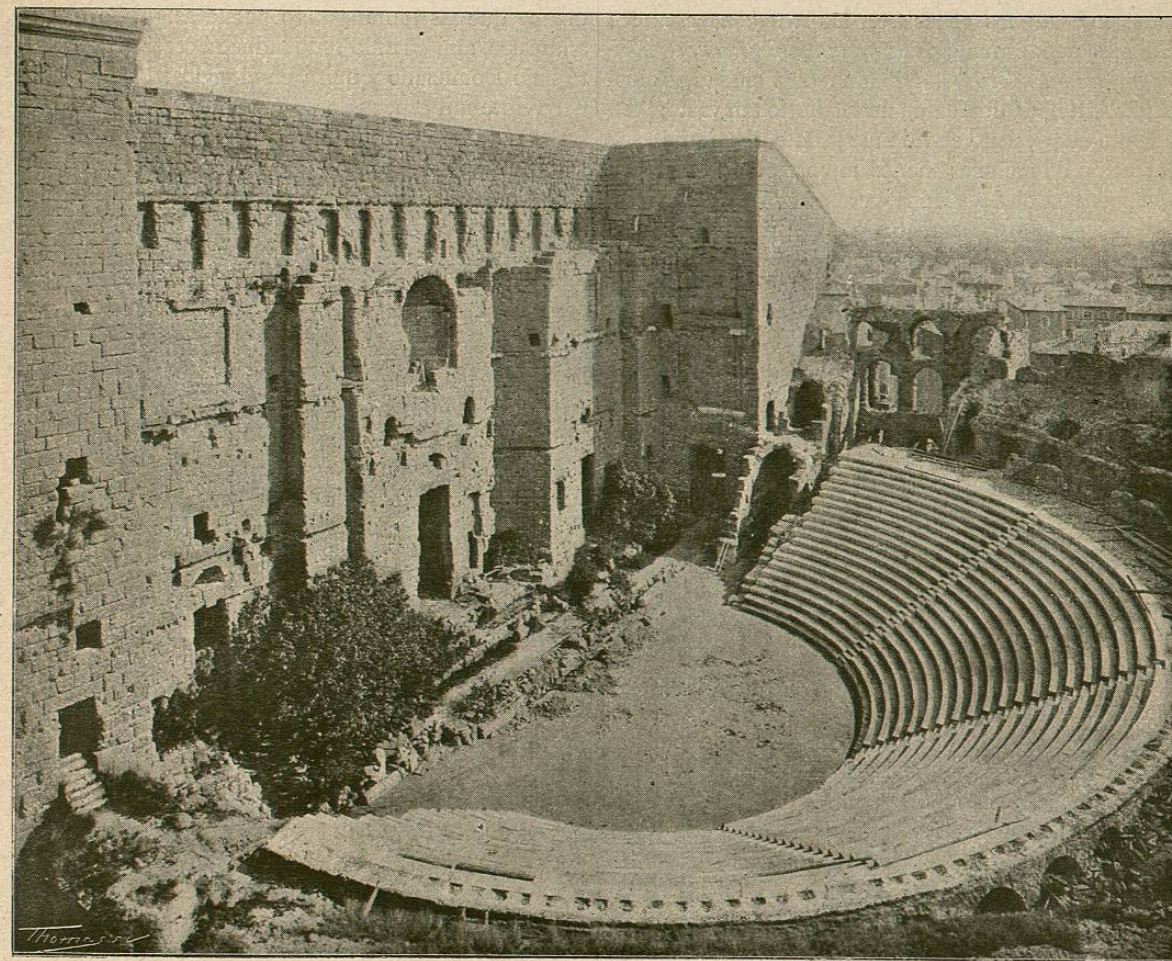
La colonia de Béziers, fundada por los veteranos de la séptima legión (*Colonia Victrix Julia Septimanorum Baeterrae*) en la meseta escarpada desde donde dominaba el valle del Orb, fué un centinela más en el camino de España. Los geógrafos del siglo I la citan como uno de los centros más importantes de la Galia meridional. Perdió su notoriedad al cabo de poco tiempo. Lo inmejorable de su posición no se apreciaba en un tiempo en que la guerra sólo ardía en las fronteras. Afortunadamente para ella, tenía un territorio que supo explotar. Sus viñas eran muy estimadas. A fines del Imperio aparece como una capital de segundo orden en el Bajo Langüedoc. El nombre de Septimania que se dió á esta región perpetuó hasta Carlomagno el recuerdo de los legionarios de César.

La colonia de Orange, fundada por los veteranos de la segunda legión (*Colonia Firma Julia Secundanorum Arausio*), ocupaba también una posición estratégica á la entrada de la gran llanura del Ródano, en el punto en que se apartan las montañas que comprimen como entre dos paredes el curso medio del río. Sus ruinas son de las más bellas, no ya de Francia, sino del mundo romano. Su teatro es un monumento único, el ejemplar más completo de tal género de edificios. Han bastado unas ligeras reparaciones para reponerlo en su primitivo estado y dar á las multitudes que acuden á su recinto la ilusión de una fiesta antigua. El arco de triunfo es digno de compararse, tanto por la riqueza de sus adornos cuanto por la amplitud de sus dimensiones,

(1) Véase libro IV, capítulo III, párrafo 1.

á los más celebrados de provincias y de Roma. Fáltale la inscripción. Las letras de bronce fueron arrancadas del friso de mármol, al que se hallaban sujetas por clavos. Se ha procurado rehacer la inscripción por medio de los agujeros que dejaron los clavos, y así se han reconstituido algunas palabras. Estas indicaciones unidas á los nombres grabados en los bajos relieves, com-

principio se le diera. Continuó siendo Julia Vienna, pues debía á César su origen, pero cesó de ser colonia romana desde el día en que los legionarios, cuya presencia le daba tal carácter, se vieron obligados á emigrar. Con ellos desapareció el nombre de la legión. Entró, pues, en la categoría de colonias latinas, colonias pobladas por los soldados de los cuerpos auxiliares, que



Teatro de Orange

pletadas é ilustradas por las escenas que éstos representan, han permitido determinar con certeza, si no la fecha del monumento, que quizá remonta á las primeras épocas de la conquista, por lo menos la consagración definitiva á que se destinó. No cabe duda que se levantó para conmemorar las derrotas de los galos. Pero la victoria que recordaba en la dedicatoria no es otra que la represión de la rebelión de Floro y Sacrovir en tiempo de Tiberio, 21 después de J. C.

Si Orange cerraba el desfiladero del Ródano al Sur, Vienne impedía su acceso por el Norte. Es de notar que no lleva, como las demás colonias, un número tomado del de una legión. Puede esto explicarse por los acontecimientos que obligaron á sus primitivos fundadores á buscar fortuna más lejos, en el sitio en que se levantó la ciudad de Lyon (1). Su partida, por lo que se refiere á Vienne, dió por resultado cambiar la condición legal de esta colonia y el nombre que en un

no parece que merecieran el honor de una mención.

Los alobroges habían luchado enérgicamente contra los generales de la República; pero el régimen imperial les aquietó. Desde la primera mitad del primer siglo dieron muchos reclutas al orden ecuestre y al Senado. Claudio llamaba á su capital «la muy noble y poderosa colonia de Vienne.» No era inferior en toda la provincia sino á Narbona. Luego la eclipsó Arlés, pero aún se la ve en el siglo V reivindicar la primacía para su obispo contra el sucesor de San Trófimo. Ocupaba, como Arlés, ambas márgenes del Ródano, y las unió por un puente. Pero Sainte-Colombe, como Trinquetaille, no era más que un arrabal, siquiera muy lujoso y mucho más agradable para habitar que la misma ciudad, concentrada y reducida en la orilla izquierda. Las casas estaban colocadas en gradas por las pendientes que las murallas coronaban. El solo edificio bien conservado es el que se dedicó á la divinidad de Augusto y de Livia. Es la *casa cuadrada* de Vienne, menos conocida que la de Nimes y de estilo más puro,

(1) Véase párrafo 2.
TOMO I